

ce que olvida los afectos y las obligaciones de Hijo de María para mostrarse solo como Redentor del mundo: y así como Jesucristo en cualidad de tal no muere como los demas hijos, así tampoco María se manifiesta en esta muerte como las demas madres.

Penetrada María de tales sentimientos dignos de la presencia de un Hijo que tiene por Padre al mismo Dios, y el corazon de una Madre que tiene al mismo Dios por Hijo, se pone á considerar la grande y admirable vision que el amor de Dios y la perversidad de los hombres presentan á sus miradas maternales. Vision inefable y sublime, esclama San Agustin, vision en que la piedad es atormentada en lugar de la impiedad, vision en que la sabiduría es mofada en lugar de la necesidad, en que la verdad es destruida en lugar de la mentira, en que la justicia es condenada en vez de la iniquidad, en que la misericordia es afligida en lugar de la crueldad, en que la sinceridad es saciada de vinyagre, en que la dulzura es emponzoñada con hiel en vez de la miseria, y en que la inocencia es castigada por el crimen, y la misma vida muere en lugar de la muerte.

Acercuémonos con el pensamiento á María en el Calvario. Ella vá allí á contemplar los misterios y á tomar parte en los dolores de su Hijo. Nosotros por consiguiente debemos detenernos á considerar, con los misterios y los padecimientos del Hijo, los misterios y los dolores de la Madre. Porque, como ya hemos dicho, despues del espectáculo y la memoria de la agonía y de la muerte de Jesucristo, no hay espectáculo mas interesante, no hay recuerdo mas augusto ni mas digno de respeto, mas tierno ni mas devoto, dice S. Amadeo, que el de la magnanimidad con que el amor de María la hace sufrir por nosotros. (*Vease la nota centésima.*)

CAPITULO VIII.

Es propia del amor que se llama amor de amistad trasformar, como observa Santo Tomás, la persona que ama en la persona amada, é identificarlas de tal modo que cada una de ellas mire los bienes y los males, los consuelos y las penas de la otra, como si fuesen propios. Nosotros nos movemos á compasion cuando vemos padecer á otro, y no cuando padecemos nosotros mismos; y el amor nos hace mirar á un padre ó á un amigo como á nosotros mismos, por consiguiente cuando él padece, nos compadecemos de él, experimentamos sus propios dolores, nos afligimos de sus males, y padecemos en él y con él.

Este sentimiento, que es comun á todos los que tienen un verdadero amor á otro, tiene tanta fuerza, tanta energia y tanta vehemencia en los padres, y particularmente en una madre respecto á su hijo, que no necesita experimentar sus males para sentir toda la pena. Le es bastante, dice Erasmo, conocerlos para ser mas atormentada y mas afligida que si ella misma los experimentase, y para sufrir en la persona de su hijo mas que sufre él mismo.

Ved esa muger que corre desconsolada detras de Jesucristo, lamentándose, llenando los aires de gemidos y de gritos, y pidiendo al Señor que tenga compasion y piedad de ella. En vano la turba la aleja, en vano los apóstoles la rechazan, y en vano Jesus, no solo no la recibe ni la atiende, sino que para poner su fé á una delicada prueba, finge que la desprecia. Nada es capaz de desalentarla ni obligarla á callar; nada puede impedirle que implore su misericordia y su auxilio. Pero, qué es lo que quiere? Qué pretende? Qué espera?

Cuál es el mal que la aflige? Cuáles son las tribulaciones que la abaten? Ay! personalmente no tiene mal alguno; pero su hija única está poseida por el demonio que la maltrata y la atormentan con crueldad. Esto basta; el amor maternal hace de la desgracia de la hija la desgracia propia de la madre. La hija está poseida del demonio; pero la pena y el dolor de esta enfermedad corporar de la hija, la experimenta la madre mucho mas viva aun en su corazón. Nada pudes habia mas natural que pedir misericordia para sí misma, al pedir la curacion de su hija. S. Isidoro de Pelusa añade que para un padre, y especialmente para una madre, es un suplicio mucho mas duro y mas cruel el de ver á los magistrados entregar su propio hijo á la muerte, que si fuesen entregados ellos mismos. Ved aqui por qué un uso constante y universal, dictado por la naturaleza y aprobado por la razon y la caridad, aleja á los padres, cuando la justicia humana castiga de muerte á sus hijos. El mismo Dios, para mostrar cuán respetados deben ser entre los hombres estos miramientos tan naturales, tan legítimos y tan sagrados, quiso que se observasen aun con los mismos animales. El prohibió, en efecto, con severidad que el animal que debia servir de victima, fuese inmolado el mismo dia que sus hijos, es decir á su vista, para no hacerle sufrir la muerte dos veces, en sí mismo y en sus hijos.

Por grande que fuese la avidez de Eva al contemplar, con placer, y por decirlo así, al devorar con una mirada de gula y con toda la vehemencia del deseo el fruto prohibido, sin embargo no pudo experimentar toda su funesta dulzura, sino despues de haber comido de ella, y haber hecho comer á su infortunado esposo. María por el contrario no necesita experimentar físicamente todos los dolores, todas las penas y las ignominias de Jesucristo para sentir toda su amargura. Ella es madre, y el amor maternal, dice San Bernardo,

reproduce exactamente en su alma todas las angustias que la brutalidad de los verdugos y la atrocidad de los tormentos hacen sufrir al cuerpo de su Hijo. Quereis saber lo que sufre María en su pasion? Considerad, dice San Buenaventura, lo que Jesucristo sufre en la suya, porque lo que este sufre en sí, el amor hace que lo sufra aquella en él y con él. Oh! cuán afligido y desolado fué el corazón de esta tierna madre, este corazón en el que se renovó y se repitió de una manera inefable, ay! digámoslo con su propio nombre, la carnicería cruel que hicieron en los miembros delicados y en todo el cuerpo adorable de su Hijo!

De aqui nacen las magnificas imágenes y las bellas comparaciones á que recurren los Padres y los Doctores de la Iglesia para explicar esta correspondencia fiel, esta armonía perfecta entre los tormentos del cuerpo immaculado de Jesucristo, y los dolores del tierno corazón de María. Si dos cítaras están en una armonía perfecta, basta tocar la una para que el sonido se reproduzca exactamente en la otra, por la vibracion simpática y por la oscilacion del aire. Tal es exactamente, dice S. Gregorio Niseno, la misteriosa concordia y la dolorosa armonía con que los padecimientos del Hijo se repiten en el alma de la madre. Cuando se encuentra un eco fiel, se oye la voz y las palabras del hombre repetidas en la parte opuesta con una exacta fidelidad en el sonido y aun en las espresiones; de este mismo modo sucede, dice Arnaldo, que no recibe Jesucristo un golpe ni una sola herida, que por una triste y dolorosa reciprocidad, no se reproduzca en el corazón de María.

Todos los objetos colocados á la distancia proporcionada de un espejo de grandes dimensiones se copian exactamente en él con toda la perfeccion de la figura y de los colores. De este mismo modo, dice S. Lorenzo Justiniano, se repite la pasion de Jesucristo con to-

das sus circunstancias, toda su inhumanidad y su barbarie, en el corazón dulcísimo y purísimo de María.

Cuando un torrente furioso ha roto sus diques, ha abitado y derribado todo cuanto se oponía á su curso, se estiende por los campos; y cuando con la abundancia de sus aguas ha llenado todos los lugares mas bajos, se hincha, se eleva, inunda todos los contornos, y acaba por replegarse sobre sí mismo. De este mismo modo, dice S. Bernardo, este mar inmenso de amarguras, despues de haber inundado la santa humanidad de Jesucristo, se derrama fuera de él, inunda y sumerge en sus amargas ondas el alma de María, y despues de haberla saciado, vuelve con mayor impetuosidad sobre Jesucristo á quien aflige cada vez mas.

Y qué importa que María no se halle espuesta á los malos tratamientos y á los sangrientos ultrages que hicieron sufrir á Jesucristo en la casa de Pilatos? Lo que no ha sufrido ni ha visto en el Pretorio, lo conoce, lo vé y por consiguiente lo sufre en el Calvario.

Finalmente, esta Madre tierna y desolada llega al lugar del suplicio con su Hijo anhelante y abrumado bajo el enorme peso de la cruz. Ella se pone á contemplar de nuevo. Mas, ó vista cruel! O espectáculo desgarrador! O rostro divino cuya vista causa la alegría y la felicidad de los santos en el cielo! Dónde estan ahora aquella frente serena, aquellos ojos vivos, aquellas dulces miradas, aquellas facciones admirablemente perfectas, aquel matiz esplendente y celestial, aquel prodigio de belleza inesplicable, aquella maravillosa mezcla de magestad y de dulzura, de santidad y de gracia, que encantaba y cautivaba todas las miradas, que subyugaba todos los corazones, que tenia suspensas las almas en un éxtasis de amor divino, y en una fruicion misteriosa y celestial? Ay! todo lo que se admiraba en él de dulce, de suave, de prodigioso y de divino, todo se ha eclipsado y se ha estinguido. Su

frente está pálida, su mirada está abatida, sus labios están cárdenos, sus mejillas santas están manchadas de salivas y surcadas de heridas; su cabeza adorable está rodeada cruelmente de una corona de espinas muy agudas. Sus puntas ensangrentadas asoman al traves de la frente, de los ojos y de las sienes y manifiestan la horrible crueldad con que han sido clavadas, y los tormentos que han debido causar al abrirse paso por unas partes tan delicadas y tan sensibles, y el dolor horrible que deben producir las que han quedado ocultas en el cerebro. La sangre que ha salido de ellas se ha cuajado en el augusto rostro. Ya no queda vestigio alguno de sus divinos atractivos, ni de sus formas naturales para poderle conocer; ya no conserva siquiera la figura humana. O espectáculo á propósito para romper los corazones mas duros! O vista á propósito para inspirar la compasion y el dolor! Las mugeres piadosas que le acompañan no pueden sufrirla; en su amarga afliccion, solo con lágrimas procuran mitigar el dolor que experimentan.

Si la vista lastimosa de Jesucristo produce tal impresion en el corazón de los discípulos, cuál será la que produzca en el corazón amantísimo de María! Ay! qué emocion tan profunda no debe sentir María en el momento en que el Hijo y la Madre se encuentran cara á cara y se miran mutuamente! Que temblor se apodera de todo su cuerpo, qué revolución tan inesplicable en su sangre, qué sensacion tan incomprendible de dolor en su alma! La imagen visible que Jesucristo, cuando caminaba al Calvario se habia dignado dejar de su santo rostro ensangrentado en el blanco lienzo de la Verónica, en recompensa de su religiosa compasion, es una figura de lo que obra entonces invisiblemente en el alma de María. En ella imprime, dice S. Amadeo, de una manera mucho mas espresiva, las facciones de su rostro en el estado lamentable en que

se encuentra. La palidez mortal, y la triste lividez, que se vé de repente pasar del rostro del Hijo al de la Madre, atestiguan que los dolores y las heridas de este rostro sagrado se reproducen en el corazon de Maria. El abad Ruperto añade que las agudas espinas con que vio Maria tan cruelmente taladrada la cabeza adorable de Jesucristo fueron las que mas laceraron su corazon, y mas vivamente lo traspasaron. Por esta razon, dicen los intérpretes, Maria es comparada en la Escritura á una rosa; porque en efecto, en medio de las espinas de los dolores de su Hijo, que la rodean, es cuando ella despliega los atractivos de un santo pudor, y esas llamas de caridad que la ponen sonrosada y encendida.

Mas ay! que sus ojos maternales están reservados para sufrir tormentos todavia mas crueles! A su presencia arrancan violentamente los verdugos á su Hijo sus vestidos pegados ya á sus heridas, las renuevan y desgarran hasta lo vivo del modo mas bábaro. O compasion! ó dolor! Maria vé aquel cuerpo adorable que el Espíritu Santo habia formado de su sangre purissima. No está solamente herido; sino que es una llaga de los pies á la cabeza, sin haber en él parte alguna sana. Ella vé aquellas mismas heridas abiertas de nuevo, y en las marcas profundas de los azotes otras llagas mas hondas y mas profundas. Ella vé las carnes desgarradas, y colgando á pedazos de la piel, los nervios rotos, los huesos descubiertos, y por todo su cuerpo manando la sangre de sus multiplicadas heridas. O espectáculo desgarrador! ó espectáculo insufrible para el corazon de una madre! Entonces comprende todo el horror del suplicio inaudito, á que habian sido entregadas aquellas tiernas y delicadas carnes en los azotes, y por una conformidad misteriosa, experimenta todos sus tormentos, porque, como nos dice Arnaldo, á medida que esta trágica escena se presenta á su vis-

ta, descubre ella sucesivamente los crueles insultos hechos aquel cuerpo tan amado, y siente en su corazon una nueva herida. Toda la diferencia consiste, dice S. Bernardo, en que respecto á Jesucristo las llagas están diseminadas en todo el cuerpo, y respecto á Maria el amor maternal las recoge, las reúne y las imprime todas en el corazon.

Mas ya llegó el momento en que la hostia de Dios vá ser colocada en el altar para ser ofrecida en holocausto, Jesucristo vá á ser puesto en la cruz. Los verdugos lo empujan, y lo tienden insultándole amargamente, sobre el instrumento del suplicio; en él lo estienden con la ayuda de cuerdas y lo sujetan con enormes clavos; y su Madre oye con sus oidos el ruido terrible de los martillos, y el horroroso crugido de los huesos que se dislocan. Ella vé con sus ojos los ensangrentados vestidos arrojados con desprecio á sus pies y los duros clavos que por medio de hondas heridas se abren paso al traves de los músculos y de los nervios rotos, y la sangre que sale á torrentes, que brota por todas partes y que la riega á ella misma. Ella en fin vé cumplirse por todas estas circunstancias la profecía que anunciaba que Jesucristo seria pisado y aprensado como la uva en el lagar, y que su sangre preciosa seria derramada hasta la última gota.

En seguida elevan el arbol de la cruz, depositario de una prenda tan amada, y lo dejan caer rudamente en el agujero que le está preparado; y Maria oye crugir los huesos á un choque tan violento; ella vé la dilatacion de las llagas de los pies y de las manos; ella vé aquellas llagas rasgarse y alargarse; ella vé aquel cuerpo sagrado, santuario de la inocencia, tabernáculo de la divinidad y modelo de toda pureza, espuesto á la riza universal. A esta vista, dice S. Gerónimo, el amor maternal obra en Maria lo que el furor ciego de los Judíos ejecuta en la persona de Jesucristo; y todos

los golpes del martillo, todas las llagas y todos los clavos que desgarrán y dislocan los miembros santos, y todos los tormentos que despedazan la carne sagrada de su Hijo, los renueva y los reproduce este amor en el alma de María. Así pues este amor es para María, dice Arnobio, la espada que la hiere y el verdugo que la crucifica. Y S. Agustín añade que los clavos y la cruz fueron comunes á los dos, que el Hijo y la Madre fueron clavados en la misma cruz. Ah! dice S. Bernardo, no nos detengamos en las apariencias, sino penetremos en la realidad de las cosas. María estaba corporalmente al pie de la cruz, mas espiritualmente estaba en la cruz. María no se contenta con echar ciertas miradas fugitivas sobre esta escena de horror, de crueldad y de sangre; ella la contempla inmóvil; ella la considera en todos sus profundos detalles; ella la penetra con toda la vivacidad de la inteligencia mas ilustrada, y con todo el vigor de la imaginación mas pura. Ella se coloca con el espíritu en la situación lamentable de su Hijo; ella fija su pensamiento en los tormentos crueles de que es víctima su humanidad santa, y se los apropia; ella se los representa y se los pinta tan vivamente, que experimenta en cierto modo en todas las partes de su cuerpo lo que Jesucristo sufre en todas las partes del suyo; ella siente la amargura de sus angustias como si las sufriese ella misma. Así es que su cabeza está atravesada de espinas, sus manos y sus pies taladrados con los clavos, todo su cuerpo cubierto de heridas y todos sus miembros heridos sobre el patíbulo de la cruz; así es que experimenta en cierto modo todo el ardor de la sed que le devora, y la amargura de la hiel que le emponzoña, las humillaciones que recibe por los insultos de los hombres y el dolor que le causa el abandono de su Padre. Así es que palidece con él, que se queja, que se agita cuando se acerca su última hora, que la agonía y la muerte

son comunes á los dos, y que dividen entre sí el instrumento del suplicio. Si no muere con él, no es para ella un consuelo, ni un alivio en sus penas; por el contrario, el tormento que sufre por esto es mucho mas cruel. En efecto puede decirse de María al pie de la cruz, lo que Alberto el Grande decia de Jesucristo en el huerto de las Olivas: que sufre un dolor tan agudo y tan intenso, que sin un milagro, hubiera sido mas que suficiente para causarle la muerte, sumergiendola en un oceano de tristeza. Ella hubiera querido mil veces, dice S. Bernardino de Sena, colocarse en lugar de su Hijo, sustituirle en la cruz y morir por él; mas no pudiendo una víctima puramente humana satisfacer á la justicia divina, no le era permitido morir en lugar de su Hijo; pero al menos deseaba ardentemente morir con él, y como dice Arnaldo, unir al sacrificio invisible de su corazon lleno de amor, el sacrificio visible de su carne purísima. Si pues ella no sufrió esa muerte que separa del cuerpo un alma que no quisiera abandonarlo, sufrió sin embargo esa que se llama segunda muerte, y que, como observa S. Agustín, retiene en un cuerpo, como á su pesar, un alma que queria separarse de él.

Este segundo género de muerte fué para María, añade S. Amadeo, mucho mas doloroso que si hubiera sufrido el primero en esta triste y penosa circunstancia; porque sentir todos los dolores de la muerte, y sin embargo no morir, es una cruel angustia, un dolor desgarrador, una desconsoladora agonía, y un fuego interior que atormenta, que abraza y consume; es una muerte peor que todas las muertes. María por consiguiente, dice S. Bernardo, vive y no vive, muere y no muere. Ella vive muriendo, ella muere viviendo. Ella muere de no poder morir, ella vive una vida mas penosa que la muerte. Muerte la mas misteriosa y la mas inefable despues de la de su Hijo! Jesus muere,

pero solo en el cuerpo; María muere, pero solo en el corazón. (Véase la nota veinticuatro.)

CAPITULO IX.

El martirio del tierno corazón de María no puede expresarse ni concebirse. S. Amadeo reconoce un milagro del poder divino en la actitud sublime de María asistiendo, como espectadora magnánima, á los tormentos y á la muerte de Jesucristo.

Es verdad que nada de lo que vé sufrir á su Hijo, es nuevo ni imprevisto. Ya hay treinta años que conoce clara y distintamente estos crueles tormentos y esta muerte dolorosa con sus mas pequeñas circunstancias; y durante este tiempo ha tenido fija en su espíritu la idea mas viva de ella, así como ha tenido clavada constantemente en su corazón la espada profética. Mas la vista de la realidad causa en ella la conmoción mas violenta; renueva y le hace experimentar en un instante todos los dolores que esperiméntó en el discurso de tantos años. La herida cruel anunciada por Simeon se hace entonces mas ancha y mas profunda. Lo que su corazón presagiaba le parece mas espantoso que lo que habia podido preveer; el hecho es superior á su prevision; sus temores se han quedado inferiores á la realidad. La escena pues tiene todo el aspecto de la novedad. Su dolor tiene la impresion viva y punzante de la sorpresa. Parece pues que no hay pena alguna mayor que la que inunda su corazón; pero no es así. El milagro de sus sufrimientos es inferior al milagro de su silencio y de su tranquilidad. En el templo no pidió razon ó esplicacion de la profecía; ni ahora en el Calvario hace oír una sola queja por su cumplimiento. Su temor entonces no fué inquieto,

ni ahora su dolor es impaciente. Su tranquilidad por lo pasado, y su resignacion por lo presente anuncian un alma de un temple sobrehumano, y digna tan solo de la Madre de Dios. Ved en María, dice el mismo Padre, cómo el continente de un pudor severo está embellecido y ennoblecido con el vigor de una constancia sobrehumana. Su aflicción llega á su colmo, y sin embargo ella no dá un solo gemido; sus padecimientos son sucesivos, y sin embargo su ánimo no se abate; ella está en pie, inmóvil, constante y sublime, con una grandeza de alma que sobrepuja á la grandeza de su dolor.

Gloria y honor al sexo femenino! añade S. Anselmo. En tanto que los hombres que son discípulos de Jesus, huyen vergonzosamente, esta muger fuerte, apesar de ser su Madre, permanece á pie firme junto á la cruz de su Hijo, y participa allí de todos sus tormentos. El prodigio del pudor virginal se muestra en ella unido al prodigio del valor. Su mismo Hijo, por cuyo amor padece, la sostiene y la fortifica con su fé. Su semblante no manifiesta señal alguna de impaciencia; sus labios no pronuncian una sola palabra de queja, de maldicion ni de venganza. Su corazón está colmado de amargura, y su semblante está impasible. Su alma está inundada de tristeza, y sus ojos están enjutos. Maravillosa armonía de pudor y de fortaleza, de paciencia y de amor! La mas pura, la mas delicada y la mas tímida de todas las vírgenes es la mas paciente, la mas magnánima y la mas heroica de todas las mugeres.

De este modo la flaqueza de Eva en el paraiso terrenal debia encontrar un noble contraste en la fortaleza de María en el Calvario; así como la sensualidad de Adán encuentra, no solo un contraste, sino un remedio en los agudos tormentos de Jesucristo. Adán no está solo al pie del árbol, para consumir el pecado; ni Jesucristo, tampoco está solo en la cruz en el momento en que satisfase por el pecado. Era fué la cómplice,

y la compañera del primero en su orgullo, en su sensualidad y en su placer; y María fué la compañera del segundo en sus padecimientos, en sus humillaciones y en sus dolores. Salmeron observa que entre la figura y el objeto figurado no hubo mas diferencia sino que en el Paraiso terrenal la muger fué la primera que se colocó al pie del árbol funesto, que cogió y comió la fruta que la emponzoñó y la dió la muerte; que ella fué quien la presentó al hombre, asociándolo así á su muerte y á su pecado; mientras que en el Calvario, el hombre fué el primero que cogió y gustó el fruto amargo de la cruz, haciendo despues participante de él á la muger; así pues la culpa principió por la muger y el hombre tomó la iniciativa en la satisfaccion.

Eva habia podido pecar sin Adan, pero María no puede espíar el pecado sin Jesucristo. Jesucristo solo es Dios, solo es santo é inocente por su naturaleza y su esencia. Su sacrificio solo, sus padecimientos solo son de un valor infinito, y tiene la virtud de espíar las culpas de otros, sin tener nada que espíar en sí mismo. La satisfaccion, pues, debia comenzar por aquel que por sí solo era capaz de cumplirla. María se asocia á esta satisfaccion porque es necesario que al pie del árbol que nos salva se encuentre una muger con el hombre nuevo, así como se encontraba una muger con el hombre viejo al pie del árbol que nos perdió.

Siendo pues llamada María á participar de los tormentos de su Hijo por un fin tan noble, desempeña el cargo que Dios le confia, de cooperar á nuestra redencion, con la misma firmeza que Eva manifestó en el cumplimiento del que le habia confiado el demonio, de cooperar á nuestra ruina. En vano procuran alejar á María. Cuanto mas la rechazan, tanto mas se acerca al árbol de la cruz. Ella no dirige sus miradas ni su pensamiento sino al tierno objeto que está pendiente de la cruz. Ella no cesa un solo instante de devorar

con avidez la amargura, que por medio de la vista inunda su corazon. Y así como Eva permanecia en pie, inmóvil y atenta, con su espíritu y su corazon absortos en la contemplacion de aquel árbol que fué la causa de la catástrofe del mundo, así también, dice S. Ambrosio, María, con la vista fija é inmóvil como su persona, tiene su espíritu y su corazon absortos en Jesus crucificado. Con ojos religiosos y compasivos, recorre una á una todas las heridas, bebe hasta la última gota y se embriaga de sus dolores; despues los medita, los contempla y los aprueba, se complace en ellos y forma de ellos sus delicias; hace una ofrenda de ellos, conociendo que son la fuente inagotable de la gracia y los títulos auténticos de la redencion del mundo.

Cuando quitaron á Respha, esposa de Saul, los dos hijos que habia tenido de este príncipe, y los entregaron á los Gabaonitas para ser crucificados, no se dice que esta madre infortunada hiciese resistencia ni acusase el decreto cruel que la privaba de un modo tan bárbaro del fruto de sus entrañas, del báculo de su vejez. Solo se dice que cuando estas dos desgraciadas víctimas fueron crucificadas en el monte, en presencia del Señor, su madre desconsolada corrió al lugar del sacrificio, estendió sus vestidos de luto sobre una piedra y permaneció allí inmóvil al pie del patíbulo de donde pendian los objetos de su ternura, espectadora animosa de aquella horrible escena. Despues que recogió sus últimos suspiros, permaneció allí durante el estio, absorta en una tristeza profunda y un silencioso dolor, ocupada en guardar aquellos caros despojos y defenderlos de la voracidad de los animales.

Mas, qué pudo inspirar á aquella Madre infortunada una resignacion tan heróica y un dolor tan justo y tan profundo? Fué indudablemente el conocimiento que tenia de que el mismo Dios habia exigido aquellas víctimas para espíar la sangre derramada injustamente

por la raza cruel de Saul, y de que la muerte violenta de sus hijos inocentes sería la salvación del pueblo, y pondría fin al hambre que por espacio de tres años desolaba el país.

Y quién no conoce que esta lúgubre historia es una profecía muy clara del sacrificio de Jesucristo? El santo, el puro é inocente Hijo de María es inmolado para espíar los pecados de la raza de Adán, como los hijos inocentes de Respha fueron sacrificados por los delitos de la raza de Saul. Estos son crucificados en el monte de Gabáa en la presencia de Dios. Jesucristo es crucificado en el monte Calvario en la presencia del Padre celestial y por un decreto suyo. La muerte de los hijos de Respha debía poner fin al azote que desolaba á Israel; y la muerte del Hijo de María debía hacer cesar las calamidades que asigian á todos los pueblos, y reconciliar el cielo con la tierra. Respha se consuela de la pérdida de sus hijos al pensar en los beneficios que deben resultar de ella á su pueblo. María sufre con valor sobrehumano el suplicio de Jesucristo, pensando en los beneficios que van á resultar de él al mundo entero. La Escritura guarda silencio acerca de las demostraciones esteriore de dolor á que debió abandonarse naturalmente la madre de aquellos dos hombres en una circunstancia tan lamentable; y esto es sin duda para indicarnos que ninguna demostracion exterior de dolor debía alterar la resignacion perfecta de la Madre de Dios, y que ella debía asistir en persona á este gran sacrificio con la calma heroica que debe distinguir á un alma como la de María, profundamente sumisa á la voluntad de Dios, y á un corazón como el suyo penetrado de la caridad mas generosa por respeto á la vida espiritual de los hijos de los hombres.

Así pues, lejos de oponerse á la dolorosa crucificacion de Jesucristo, se une con la voluntad y con el

afecto á el amor del Padre que la ha decretado, y á la obediencia del Hijo que se somete á ella voluntariamente. Ella se une á esta crucifixion de una manera tan perfecta, dice S. Anselmo, que si fuera necesario, concurriria de un modo activo, presentaria ella misma los clavos, prepararia los martillos y ofreceria las cuerdas para atar á su Hijo al patíbulo, y colocar la victima en la hoguera, como hizo Abraham cuando se disponia á sacrificar á su hijo Isaac, segun veremos despues. Porque no puede imaginarse que una virtud como la de María, virtud que comienza donde acaba la de los santos, y que reúne en sí todo lo mas sublime y mas perfecto que se encuentra repartido entre todos los santos; no puede imaginarse, repito, que cuando se trata de inmolarse á su propio Hijo, no tuviese la prontitud, la fortaleza y la grandeza de alma de Abraham.

Santa Matilde añade que no solo estaban juntos los ojos de María, y su fortaleza era invencible como la de Abraham, sino que con una especie de satisfaccion, como convenia á la obediencia perfecta de la Madre de Dios, destinó su Hijo á la cruz, de acuerdo con el Padre Eterno, para que fuese inmolado por la salvacion del mundo. (Véase la nota reintencio)

CAPITULO X.

La muerte de un hijo único, decia un antiguo escritor, es un golpe tan violento, un dolor tan agudo y una herida tan cruel, que quita las fuerzas, abate el valor, desmiente la prudencia y eclipsa la reflexion. En una circunstancia tan desconsoladora, una imagen de profunda tristeza se eleva del fondo del corazón marchito por el dolor y suspende en cierto modo el ejercicio de la razon. El espíritu así turbado queda

sin guía abandonado á su propio dolor, y se busca en vano á sí mismo sin poderse encontrar. El no es ya dueño de dominar un sentimiento tan violento, ni de sostener una pérdida tan grande sin dejar conocer anteriormente su aflicción, lejos de poder mirarla con calma. Pues bien, jamás se vió un hijo único mas digno que Jesucristo, jamás se vió una madre mas tierna que María. Por esta razon, dice S. Bernardo, jamás la muerte de un hijo debió ser mas dolorosa ni mas desgarradora para el corazón de una madre. La vehemencia de su amor fué la medida de la vehemencia de su dolor; y como jamás existió un amor mas tierno, mas fuerte, ni mas vehemente, tampoco existió un dolor mas agudo, mas profundo ni mas intenso.

Pero á la impetuosidad de este amor á un hijo que es su Dios, siente María oponerse en su corazón otro amor no menos impetuoso y violento hácia los hijos de los hombres. Estos dos amores luchan en el corazón que los contiene, como los dos gemelos luchaban en el seno de Rebeca. Lo que un amor busca, el otro lo huye; lo que un amor pide, el otro lo aborrece. No se puede satisfacer al uno sin sacrificar al otro. Sus intereses son contrarios así como sus objetos son diversos. María no puede pedir la salvación de los hombres sin querer la muerte de su Hijo; ni puede pedir la vida de su Hijo sin consentir en la perdición de los hombres. Querer la salvación del mundo y la muerte de su Hijo, es una cosa muy dolorosa; querer la vida de su Hijo y la perdición del mundo, es una cosa muy cruel. Qué guerra! qué lucha! qué combate de dos amores vehementes en un mismo corazón.

La esposa de Isaac, no pudiendo ya sufrir la guerra que estos dos gemelos se hacían en su seno, se abandonó á los gemidos, á los sollozos y á las lágrimas: Ah! decía ella, si yo me habia de ver reducida á este estado, si habia de costarme tan caro concebir hijos, cuan-

to mejor me hubiera sido no verme en estado de llegar á ser madre! Con cuánta mas razon no podia exclamar María de este modo: Ay! de qué me ha servido concebir el Verbo de Dios, si debía verle con mis propios ojos sufrir una muerte tan cruel? De qué me ha servido ser la mas dichosa de todas las mugeres, si debía verme la mas afligida y la mas desolada de todas las madres?

Pero no, si Rebeca instruida por un oráculo divino de que segun los decretos de la Providencia el mayor de sus hijos debía servir al menor; dió á aquel la preferencia en su amor. María por su parte sabe que Dios, como el mismo Jesucristo lo ha declarado, decretó que su hijo serviría á los hijos de los hombres, y sería sacrificado por su salvación. Ella no se queja, ella no llora por la crueldad de su suerte; ella consiente en que el último de sus hijos se eleve sobre el primero: en que su propio Hijo por naturaleza sirva á los que solo lo son por adopción y sea víctima por la salvación de ellos. En su corazón presa del abatimiento, de la tristeza y de la división, el amor á la salvación del mundo obtiene la preferencia sobre el amor de la vida de Jesucristo. Y este deseo de la salvación del mundo adquiere sobre ella tal imperio, tal preponderancia y tal fuerza, que sobrepajando, por decirlo así, al deseo de la vida de Jesucristo, le hace sufrir, dice un santo Padre, la muerte de Jesucristo con una especie de gozo secreto, en consideración á la salvación de los hombres.

Pero la muerte de su Hijo no es un acontecimiento instantáneo; esta muerte ignominiosa y cruel es precedida de una agonía igualmente cruel y dolorosa. El cielo y la tierra parecen conspirar de comun acuerdo para amargar los últimos momentos del Hombre-Dios. Desde lo alto de la cruz, en la que Jesús está bárbaramente clavado como en un patíbulo cruel, en medio de los tormentos mas atroces, de las angustias

interiores mas desgarradoras, eleva hácia el cielo la voz de su afliccion y el grito de su dolor, como para decirle un consuelo que la tierra le niega. Ay! Padre santo, justo y misericordioso, vos no reconocéis ya á vuestro Hijo! Por otra parte el infierno despliega contra el Señor crucificado todo su furor: Escribas y Fariseos, pueblo y magistrados, Judíos y Romanos, todos se recrean cruelmente en esta escena de dolor; y en los arrebatos de su ódio ciego y de su gozo feroz, prorrumpen en blasfemias afrentosas, en provocaciones insolentes y en burlas amargas, despechados de ver que la mansedumbre de Jesucristo es mayor que la barbarie de ellos, que por lo mismo no tiene límites, y de que él es mas paciente para sufrir, que ellos, inhumanos y bárbaros para atormentarle. Maria, que se encuentra allí, oye los sangrientos ultrages y los insultos sacrilegos que hacen á un Dios que es su Hijo, y á un Hijo que es su Dios.

Al través de la pálida luz que los astros medio apagados dejan descender sobre la tierra deicida, contempla ella aquel cuerpo sagrado cubierto de llagas, débil, y sin fuerzas, desfigurado por los tormentos y atravesado con los clavos; ella vé sus lábios cárdenos, sus mejillas descoloridas, sus ojos apagados y cargados por el sueño de la muerte, y la sangre que mana lentamente de sus heridas. Ella escucha el lánguido sonido de su voz moribunda, los tristes gemidos, los hondos suspiros de su santa humanidad desolada, y á punto de entregar en medio de los tormentos su alma sumergida en el dolor y la afliccion. Y Maria siente á su vez que el amor reproduce y repite en el fondo de su corazon las angustias interiores que abaten el espíritu y los tormentos atroces que desgarran los delicados miembros de Jesus. Así lo piensan la mayor parte de los Padres con S. Bernardo.

Sin embargo, ella no vuelve el rostro, ella no aparta

la vista de esta escena trágica, de este objeto de dolor, pero hecha superior á sí misma, dice un intérprete, manifiesta en la actitud firme, magestuosa é inmóvil de su persona, toda la elevacion y la nobleza de su alma, y se eleva hasta Dios. Colocada entre la admiracion y el dolor, entre la compasion y el amor, permanece absorta en la contemplacion del gran misterio de la bondad de un Dios crucificado por la salvacion del hombre.

La vista de un hijo, y de un hijo tal, agonizando, sumergido en un océano de oprobios, de amarguras y de tormentos es dolorosa, es cruel, es insostenible para una madre. Mas la religiosa atencion de esta madre se fija mas bien en el fin á que se dirige el sacrificio de su hijo, que en el rigor de los medios que se emplean para llevarlo á efecto; y las ventajas inmensas que deben resultar de él al género humado cuasi le hacen olvidar los agudos dolores que ella misma siente, y complacerse en ellos.

Entretanto S. Juan gime, la Magdalena se deshace en lágrimas; aquel tiene el corazon de un discípulo y esta el de una hija. Maria tiene el corazon de una madre, pero ella es Madre de Dios, y por consiguiente sostendrá con honor esta dignidad tan sublime. Ella ama á Jesus como á su hijo, pero le ama mucho mas como á su Dios. Ella le ama como él quiere ser amado. El Padre y el Hijo no solo son el objeto, sino también la regla y el modelo de su amor. Su amor es ciertamente el mas natural, el mas legítimo, el mas vivo y el mas ardiente, pero tambien es el mas puro y el mas elevado de todos los amores; él está ennoblecido por la santidad y la magestad del principio de donde procede; él está marcado con el sello de la divinidad del Padre de quien ella es hija, de la divinidad del Hijo de quien ella es madre, y por lo mismo es en todo conforme al uno y al otro. Su amor por consiguiente rehusa mani-

festarse en el exterior por medio de los gemidos y consolarse por medio de las lágrimas; él domina y hace callar todos los sentimientos naturales en consideración á las disposiciones sobrenaturales.

Ademas, en tanto que todas las criaturas gimen á vista de los insultos y de los tormentos que sufre el Criador, en tanto que la naturaleza turbada y consternada suspende el curso de sus leyes y amenaza volver á la nada, en tanto que el sol mismo horrorizado se oscurece en medio del día, y reusa alumbrar un crimen tan enorme; en medio del luto general y del trastorno universal, sola María, absorta mas bien en la consideración de la caridad divina cuyo ejemplo tiene á la vista, que en el acontecimiento tragico que la priva de su Hijo, asiste inmóvil á este espectáculo desgarrador, en una actitud magestuosa, con una tranquilidad heróica y una resignación perfecta. En medio de tantas angustias como inundan su corazón, permanece en una actitud tan magestuosa, en un recogimiento tan profundo, en un silencio tan religioso, que deja estupefactos á todos cuantos saben que ella es la madre del hombre que muere enclavado en la cruz.

Pero si sus lábios guardan silencio, no sucede lo mismo á su corazón. A medida que la muerte de su Hijo se aproxima, la intensidad de su dolor se aumenta, pero con su dolor crece tambien su amor. Cuanto mas sensible es para ella el sacrificio de su Hijo, tanto mas ardientemente desea que se consume; y cuanto mas profundamente es herido su corazón, tanto mas inflamado está de amor. En medio de las llamas y de los accesos de la caridad santa, de la caridad celestial que del corazón mismo de Dios descende al alma de María, se vuelve ella al Padre celestial, y le dice: Padre justo, Padre misericordioso y clemente, ho miréis lo que yo sufro. Yo soy madre, es verdad, y vos sabeis la guerra que mi amor hace dentro de mi cora-

zón; pero, no sois vos igualmente su Padre? El es el fruto de mis entrañas; pero, no es tambien la imagen de vuestra sustancia? Mi sangre corre por sus venas; pero no están tambien en él todas vuestras perfecciones? Yo le amo como á mi querido hijo; pero, nó le amais vos tambien como á vuestro hijo predilecto? Sin embargo vos lo abandonais; pues bien! yo le abandono tambien! vos no le perdonais yo tampoco le perdono. Vos le condenais yo le condeno tambien. Si, que mi Hijo quede en la cruz, que permanezca enclavado en ella, supuesto que vos lo quereis; hasta que haya exhalado el último suspiro, á fin de que os satisfaga, os obedezca y salve á los hombres.

Ved aqui pues que el mismo grito de muerte contra Jesus inocente se eleva, no solo del corazón lleno de rabia y de furor de los fariseos, sino del corazón lleno de ternura y de amor de María! Mas este grito, que por parte de los enemigos de Jesucristo es el grito de un furor infernal, por parte de su Madre santísima es el grito de una misericordia celestial. Aquellos piden la muerte de Jesus, por odio á Jesus; y esta pide tambien la muerte de Jesus, pero es por amor á los hombres. Este grito de muerte es para sus autores el crimen enorme que los pierde; y en María es el gran acto de misericordia que nos salva.

Ay! en el Calvario todo es grande, sublime magestuoso, inefable y digno del Dios que se inmola! Por una parte el Cordero de Dios puro y sin mancha, conservando toda su mansedumbre divina aun bajo la mano despedada que le sacrifica, pide que su muerte sea útil á los mismos que se la dan; se ofrece él mismo en holocausto perfecto á la justicia de Dios por la salvación del mundo; y para dar á su ofrenda un valor infinito, la acompaña con la elevación de sus manos, con el incendio de su corazón, del cual se elevan hácia el cielo, como un perfume delicioso,

los mas tiernos suspiros de amor, con exclamaciones misteriosas, con lágrimas y con un respeto profundo.

Por otra parte el Padre Eterno no solo se halla presente de una manera especial en el Calvario, segun la expresion de S. Pablo, sino que está en el mismo Jesucristo, aceptando el sacrificio de los siglos que le ofrece su propio Hijo, y reconciliándose en consideracion á él con el mundo. El Padre Eterno perdona los pecados del mundo por la gran satisfaccion que recibe de Jesucristo, y con una pluma mojada en la sangre de su Hijo, borra la sentencia formidable que nos condenaba á perecer.

Parece que despues de lo dicho nada hay que añadir á un cuadro tan sublime, sino el misterio que representa. Sin embargo no es así, dice S. Ambrosio; despues del espectáculo de un Dios que espia los pecados del mundo y de un Dios que los perdona, hay todavia una cosa que puede escitar nuestra religiosa admiracion y enternecernos; á saber, el espectáculo de la actitud y de los sentimientos sublimes con que su Madre asiste á este misterio y toma parte en él. Maria, colocada entre estos dos personajes; se asocia á los sentimientos de uno y otro; ella confirma, aprueba y suscribe, ella coopera y contribuye á todo cuanto el uno y el otro hacen por nuestra salvacion. Ella toma al hijo por regla de su obediencia, y en él y con él se somete á los decretos rigurosos del Padre. Ella toma al Padre por regla de su caridad, y en él y con él se condena y abandona al Hijo por la salvacion del mundo.

Nosotros tenemos tambien en el libro tercero de los Reyes una figura de la generosidad de alma, del valor sublime con que la Madre de Dios sufre unos dolores tan agudos, y se priva voluntariamente de su Hijo por nuestra salvacion.

Los mugeres se presentan un dia ante el rey Salo-

mon, disputándose un niño que cada una de ellas dice que es su hijo. Qué hace el sabio monarca para saber cuál de estas dos mugeres es la verdadera madre del niño que se disputan? El manda que se le lleve un euehillo, y que allí en presencia de las dos rivales se parta el niño por medio y se dé la mitad á cada una de ellas. Es muy justo, responde entonces una de las dos mugeres; es muy justo que se divida este niño que es la causa de nuestra disputa, y que ni una ni otra tengamos la satisfaccion de poseerle. Así pensaba, así hablaba aquella á quien no pertenecia el niño. Mas por el contrario la que era su verdadera madre, la que estaba cierta de haberle dado el ser, pensaba y hablaba de diferente modo. A vista del verdugo que coge al niño por un pie, desenvaina su cimitarra y se pone en actitud de ejecutar la sentencia; al ver brillar el hierro mortifero que debe quitar la vida al fruto de sus entrañas, siente anticipadamente en su corazon el golpe que vá á herir el cuerpo de su hijo; la vista de la ejecucion de esta sentencia en el inocente niño debe hacerla sufrir mucho mas que al mismo que ha de ser victima de ella. Ella siente su alma traspasada, toda su sangre agitada por el dolor, y sus entrañas conmovidas por la compasion; y en un arrebato de ternura maternal, se levanta para detener el brazo del ejecutor. No, no, esclama; no, por piedad; no seas tan bárbaro que asesines á mi hijo; dadlo mas bien á la otra muger; yo consiento en ello. Yo quiero mas bien verme privada de él, que verle morir en mi presencia. Muger generosa, prosigue entonces el rey, vuestra ternura manifiesta que vos sois la verdadera madre de ese niño. Llévátosle pues, y vivid feliz por haber sido dos veces su madre, porque primero lo engendrateis con vuestra sangre, y ahora acaba vuestra generosidad de librarlo de la muerte.

Este pasage tan tierno y tan patético es la figura de

un misterio todavía mas tierno que María consuma al pie de la cruz, y del título sagrado en cuya virtud se hace nuestra madre.

Esta muger generosa cede voluntariamente su propio hijo á la envidia de su injusta rival; y María cede tambien voluntariamente el suyo, al ódio de los Judíos, por la salvacion de los pecadores. Asociándose á los sentimientos generosos de Dios Padre, esclama al pie de la cruz: Padre celestial, yo consiento en que mi Hijo sea entregado al género humano, enemigo vuestro. La muger del tiempo de Salomon cede á la infame pretension de su rival para salvar la vida á su propio hijo; María por el contrario consiente en la muerte de su propio Hijo, para dar la vida á los injustos que la reclaman. La una dice: *Dad el niño á la que lo pide, mas no le mateis.* María dice: *Haced morir á Jesucristo, y dadle á los que tienen necesidad de él.* La una salvó á su hijo cediéndolo; y este mismo hijo, y no la rival, fué quien cogió el fruto de la generosidad de su madre. María, al ceder á Jesucristo, lo entregó á la cruz y á la muerte; y nosotros los pecadores, y no su hijo; somos los que hemos cogido el fruto de la generosidad de su ofrenda. En la figura, la madre no tiene mas que un hijo; en lo figurado, María tiene dos, Jesucristo, su hijo segun la naturaleza, á quien ella concibió de su sustancia, y los hombres, sus hijos adoptivos, á quienes ella ha engendrado por su amor. Aquella ejecuta en su hijo único dos actos de amor maternal; ella se priva de él y le salva, ella lo cede y lo recobra. María ejecuta sobre dos objetos diferentes estos actos del maternal afecto; ella se priva del uno por salvar el otro, ella cede el uno á la muerte por volver á la vida el otro. Finalmente, aquella muger afortunada, por la cesion generosa que hizo de su hijo para no verle morir, fué reconocida y proclamada su verdadera madre; y María, por el acto generoso que ejecuta al dar un

hijo por salvar de la muerte al otro, es igualmente reconocida y proclamada nuestra verdadera madre. Y en efecto, asi como Salomon, á vista de la heroica generosidad de aquella muger, le dice: *recibid este niño vivo; se conoce bien que es vuestro hijo,* asi tambien, el verdadero Salomon, desde lo alto de su cruz, como desde su trono y su tribunal, dice á María: *Muger, recibid en la persona de Juan á todos los hombres por hijos; en el precio que habeis dado para adquirirlos, se conoce bien que los amais mucho y que son vuestros verdaderos hijos.* Espada formidable de la justicia divina, pronta á descargar sobre nosotros el último golpe, suspendeos! Divino juez, revocad por favor la sentencia que vuestra justicia habia pronunciado contra nosotros. Escuchad las tiernas súplicas de nuestra madre que os lo suplica encarecidamente. Vedla como al presenciar la muerte de su hijo único, se inmola en él y con él, y nos dá ese hijo por precio de nuestra salvacion.

Apaciguada con esta permuta, satisfecha con esta ofrenda, perdonadnos para siempre, confiadnos, vivos con la vida de la gracia, al amor maternal de María, que con tantas penas como ha sufrido, ha manifestado que ella era nuestra verdadera madre. (*Vease la nota veintiseis.*)

CAPITULO XI.

No podrá jamás admirarse suficientemente la magnanimidad y la tierna y profunda comiseracion de María sobre la triste suerte de los hijos de los hombres. Estos sentimientos obligaron á esta madre de bondad á consentir generosamente en la inmolacion del Hijo de sus entrañas, para la redencion de los hijos de su

corazon. No debe pues parecernos extraño ni inconducente que S. Buenaventura, como ya hemos dicho, apique á María las palabras admirables que S. Pablo escribió con relacion al Padre Eterno; á saber, que no perdonó á su hijo unico, sino que lo sacrificó por la salvacion de todos. Hay ciertamente una diferencia inmensa, una distancia infinita entre el amor de Dios á los hombres y el amor de María; los dos sin embargo tienen un mismo principio y un mismo fin, supuesto que habiendo penetrado el corazon de María, como hemos dicho, la misma caridad que habia movido al Padre Eterno, la obligó á ejecutar este acto de una bondad inaudita é incomprendible.

Pero, no sin misterio en el pasage de S. Pablo, que S. Buenaventura aplica con tanta razon á María, hablando el Apóstol del exceso de caridad que obligó á Dios Padre al sacrificar á Jesucristo por nuestra salvacion, se valió de estas espresiones: no perdonó á su propio hijo. Estas espresiones tan enérgicas y tan tiernas al mismo tiempo, son las mismas que la Escritura usa hablando de Abraham despues del sacrificio de Isaac; en efecto, á este santo Patriarca se dijo: tu no has perdonado á tu hijo unico. Por consiguiente, al decir el Apóstol de Dios Padre lo que se dijo de Abraham, quiso darnos á entender que entre estas ofrendas, entre estos dos sacrificios existe una union y una relacion de sentimientos, asi como hay en ellos una semejanza de espresiones; que el uno es la profecía, y el otro la realidad; el uno la imagen, y el otro el prototipo; el uno la copia, y el otro el original; y que el sacrificio de Isaac es la figura del sacrificio de Jesucristo.

Y si Isaac sacrificado es la verdadera figura de Jesucristo, Abraham que le sacrifica es la figura verdadera de María. Aunque las palabras de S. Pablo sean alusivas directamente al Padre Eterno que parece figura-

do por Abraham, sin embargo, supuesto que María estuvo, como hemos visto, perfectamente unida con el deseo, con la voluntad y con el amor al Padre celestial en la donacion que quisieron hacernos de su propio Hijo; y supuesto que esta noble criatura es como el representante, y el vicario de Dios Padre, y que obra en la tierra de una manera visible lo que él quiere y obra invisiblemente, en el cielo, no es dudoso que en Abraham que no perdonó á su propio hijo, debemos reconocer no solo la figura de la generosidad invisible del corazon de Dios, sino tambien la de la generosidad visible del corazon de María. Además, supuesto que en el sacrificio de Abraham se trata de su obediencia, de su fé, y de su prontitud en escuchar la voz de Dios, y que esto no es cierto literalmente sino en María, Abraham tiene por consiguiente mas puntos de semejanza con esta Madre generosa, y es con respecto á ella la figura mas espresiva y mas verdadera. Examinemos pues en sus circunstancias particulares esta bella figura, esta luminosa profecía, y veamos como se encuentra en ella indicado no solo el mérito de María en la ofrenda é inmolacion de su Hijo, para conformarse á los designios y á la voluntad de Dios, sino tambien su recompensa, supuesto que por este mérito se hizo nuestra Madre; y admíremos como, dos mil años antes de cumplirse el misterio que hemos explicado, se encuentra en ella espreso, y cuasi divinamente retratado.

Dios dice en efecto á Abraham: Toma á tu hijo Isaac á quien amas, vé con él á la tierra de la vision; y allí sacrificamelo en holocausto perfecto sobre uno de los montes que yo te mostraré. Cada palabra de esta órden severa espresa, como observa S. Ambrosio, una circunstancia nueva que debe haecrle mas difícil y mas doloroso el sacrificio exigido á este tierno padre y pone su obediencia á una terrible prueba, porque pone su corazon en un tormento cruel. Se exige de él que

sacrificio, no á una persona cualquiera, sino á su propio hijo; no á un hijo cualquiera, sino el que mas ama y de quien es mas amado. Esto no es suficiente aun; no se pide á Ismael, sino á Isaac; no al hijo de la esclava sino al de la muger libre; no al hijo de la naturaleza, sino al de la promesa; no al hijo de la condescendencia, sino al del mérito; al hijo que Abraham ha tenido milagrosamente de Sara, de quien no puede esperar tener otro; por consiguiente á su primogénito; á su hijo único.

No solo se exige que un padre quite la vida por sí mismo á su propio hijo, sino tambien que lo ofrezca en sacrificio: es decir, que despues de haber visto con sus propios ojos espirar al hijo á quien haya degollado con su misma mano, le vea tambien consumido por el fuego, y que asista á toda esta lúgubre ceremonia, hasta tanto que el holocausto esté enteramente consumado. Mandamiento terrible, prueba delicada, precio funesto! dice San Amadeo. El espíritu de Abraham se turba, sus entrañas se conmueven, y su corazon se hiela de espanto. Sin embargo, su fé no cede á una prueba tan dura, su obediencia á Dios no se desmiente, ni su fortaleza vacila. El siente todo el dolor del sacrificio, pero no le rehusa; cuanto mas duro es el mandato, tanto mas pronta es la obediencia.

En el templo dá Dios igualmente á Maria una órden semejante por boca de Simeon. Los decretos de Dios le dice este, destinan á vuestro hijo que veis aquí á la contradiccion y á la muerte. Vos misma, ó Madre! vos debéis criarle para este fin doloroso, vos debéis acompañarle al sacrificio, vos debéis ser la espectadora de su muerte, y el cuchillo que le arrancará la vida, atravesará vuestro corazon con un agudo dolor. Sin embargo, á una noticia tan sensible para el corazon de una tierna madre, Maria inclina su frente; se resigna, se somete, y principia á mirar á su hijo

como una víctima, y lo educa solo para el Calvario. Desde el momento en que se mandó el sacrificio de Abraham hasta el de su ejecucion pasaron tres dias. Por espacio de estos tres dias, la imaginacion de Abraham retrocede continuamente espantada ante el pensamiento de que muy pronto vá á verse privado de una vida tan preciosa, de un objeto tan amado. Isaac morirá en un momento sobre el altar; pero Abraham muere á cada momento en su corazon. El no puede mirarle, ni pensar en él sin sentir su corazon desgarrado por la consideracion de que él mismo debe dar la muerte al hijo á quien dió la vida. Treinta y tres años pasaron desde la prediccion hecha solemnemente á Maria del sacrificio de Jesucristo, hasta su consumacion; y durante todo este tiempo el corazon de Maria está herido incesantemente por la espada de dolor que debe un dia, al inmolarse al Hijo, atravesar tambien á Maria.

El dolor de Abraham crece á medida que vé acercarse el momento fatal en que debe poner fin á la vida de Isaac. Mas este acrecentamiento de dolor no hace otra cosa que aumentar la docilidad de su voluntad y la generosidad de su obediencia. Cuanto mas afligido se siente, mas prisa se dá á cortar la leña y hacer por sí mismo los tristes preparativos del sacrificio.

El martirio de Maria se hace cada vez mas intenso, á medida que Jesucristo crece en edad y se aproxima al Calvario. Mas el deseo de ver consumado cuanto antes el holocausto de su hijo se hace tanto mas vivo de dia en dia, cuanto mas agudo se hace su dolor. Durante la gloriosa predicacion de Jesucristo, permanece oculta en Nazaret, mas cuando su hijo vá á Jerusalem, para ser allí crucificado, abandona su casa y su soledad, y camina en pos de él para no abandonarle hasta despues de haberle visto ofrecido en el altar de la cruz á la justicia de Dios, por la salvacion del mundo.

Cuanto mas se profundiza en esta figura misteriosa, mas luminosos se hacen los rasgos de semejanza con el objeto figurado. Y cómo es posible acordarse de Isaac llevando sobre sus hombros la leña sobre que debe ser colocado, sin pensar en Jesucristo llevando tambien sobre sus hombros el leño de la cruz al que debe ser enclavado? Cómo es posible acordarse de Abraham que, lleno de fé, aunque inundado de amargura, sigue á su hijo encorvado bajo el peso de la leña y acercándose lentamente á la cumbre del monte Mória; sin pensar en María que penetrada de la idea de los misterios mas sublimes y sumergida en su dolor; triste y animosa, sensible y fuerte, resignada y llorosa, sigue á su hijo abrumado bajo el peso de su cruz y subiendo con mucho trabajo á la cumbre del Calvario? Qué mas puede decirse? El lugar de los dos sacrificios es el mismo, porque el monte Mória indicado á Abraham para la inmolacion de Isaac es una basta montaña dividida en colinas, una de las cuales es precisamente el Calvario, lugar indicado á María para la crucifixion de Jesucristo. Este es tambien el lugar, y sea dicho de paso, en el que segun la tradicion constante de los Hebreos, Abel, Noé y Melquisedec ofrecieron sacrificios á Dios. Cada uno de estos sacrificios, incluso el de Abraham, espresaba uno de los diversos caracteres que debía reunir en sí el sacrificio de Jesucristo, término, fin último y perfecto de todos los sacrificios. Estos caracteres principales son cuatro. El primero, que este sacrificio debía ser mandado por su Padre y consumado en presencia de su Madre; y esta circunstancia está espresada en el sacrificio de Isaac. El segundo, que debía ser ofrecido voluntariamente por el mismo Jesucristo, sacerdote de su victima, y victima de su sacerdocio; esta circunstancia se haya indicada en el sacrificio de Melquisedec. El tercero, que debía consumarse por la envidia de los Judios sus hermanos;

y esta circunstancia está figurada en Abel. El cuarto, en fin, que debía ser ofrecido por la reconciliacion del cielo con la tierra, del hombre con Dios; y esta circunstancia se haya simbolizada en Noé. Colina preciosa, santa y misteriosa, santificada por los sacrificios mas sublimes de los hijos de los hombres, y finalmente por el sacrificio por excelencia, que es el del mismo Hijo de Dios! Quiera Dios que mis ojos estén siempre fijos en tí, y que mi corazon esté siempre unido á tí, supuesto que de tí nació un dia la gracia que se espació por el mundo, y que de tí espero tambien mi salvacion y los auxilios para conseguirla.

La Escritura refiere que Abraham acompañaba á su victima, llevando en una mano el cuchillo que debía inmolarla, y en la otra el fuego que debía consumirla. Pues bien, el cuchillo que hiere á Jesucristo y le dá la muerte, es su obediencia, y el fuego que le consume es su amor á los hombres; y estos instrumentos misteriosos del sacrificio de Jesucristo los lleva María, por decirlo así, en sus manos; pues que representando de una manera visible á su Padre invisible; aprobando con su presencia, ratificando con su autoridad materna, y secundando este sacrificio con toda la fuerza de sus santos y sublimes transportes; acompañando á Jesucristo para cooperar á la salvacion de los hombres; manifiesta María y hace públicos y solemnes los dos grandes sentimientos de obediencia y de amor á los que Jesucristo se sacrifica voluntariamente.

Habiendo llegado Isaac al lugar del sacrificio, oye de su padre que él mismo debe servir de victima. Sin embargo, él no se queja, él no lo repugna ni lo rehusa; verdadera figura por lo mismo de aquel que aceptó con una voluntad plena y perfecta el decreto de su muerte, que se ofreció él mismo á ella, y durante su vida estuvo como devorado por una santa impaciencia y por los deseos mas vehementes de verse cuanto antes inunda-

do en su sangre. El recibe despues con gozo la órden que Maria, en nombre del Padre celestial, le da con su presencia de sacrificarse por nosotros; y los dos de comun acuerdo ratifican el sacrificio que la justicia de Dios y la salvacion del mundo exigen de la vida del Hijo y del corazon de la Madre.

Sin embargo, aunque Isaac consiente en ser sacrificado y se ofrece voluntariamente, no por eso deja Abraham de atarle sobre el altar que él habia levantado, para significar que el verdadero Isaac, aun cuando debia morir entregando voluntariamente su vida, debia sin embargo ser asegurado con clavos al altar de la cruz; á fin de que su sacrificio voluntario tuviese la apariencia de un sacrificio forzado, supuesto que se ofrecia en nombre y en espiacion del hombre pecador. Y permaneciendo Maria espectadora inmóvil de la crucifixion de su Hijo, la aprueba, la quiere y consiente en ella en nombre del celestial Abraham; esto fué como si ella misma con sus maternales manos hubiera atado la victima.

No era costumbre colocar la victima en el altar antes que hubiese sucumbido bajo el cuchillo del sacerdote; y solo despues de su muerte era cuando debia ser consumida por el fuego. Sin embargo, Isaac fué colocado vivo en el altar del sacrificio antes de ser inmolado. Esta circunstancia era tambien necesaria para hacer la figura mas semejante al objeto figurado, el cual, segun la voluntad del Padre celestial, significaba y confirmada por la presencia de la Madre terrena, debia ser colocado vivo en el altar de la cruz, y ser inmolado allí por la obediencia y consumido por el amor.

Despues de haber terminado Abraham todos estos preparativos, menos necesarios para consumir la inmolacion, que para dar á la imágen una conformidad mas perfecta con su original, estiendo la mano, desmonta el acero, levanta el brazo para descargar el golpe fatal,

y de repente un frio glacial corre por todos sus huesos, su corazon palpita en su pecho de una manera inusitada y parece que se despedaza por el dolor. Al descargar el golpe, inmoló dos victimas, dice S. Pedro Crisólogo, la vida preciosa del hijo y el corazon afigido del padre. Abraham se inmolaba á sí mismo en la persona de Isaac. En aquel estado se termina el misterioso sacrificio; la obediencia de Abraham es perfecta, la docilidad de Isaac lo es igualmente; el uno y el otro habian hecho por la disposicion de sus almas; todo cuanto se les exigia. La mano es detenida cuando el corazon nada tiene ya que sufrir.

Mas esto que bastaba para la figura, no era suficiente para el original. No tan solo con las disposiciones del corazon era como Maria debia ofrecer su Hijo y este hijo debia ofrecerse á sí mismo, sino que esta obra debia consumarse tambien exteriormente. El antiguo Adán, al Adán pecador, el viejo hombre á quien Jesucristo representaba en el Calvario, debia ser inmolado visiblemente y morir, para dar lugar al jóven Adán, al Adán justo, al Adán nuevo. Armada Maria del heroismo de su resignacion, del fervor de su caridad, y del deseo de ver consumada la salvacion del mundo, amenaza tambien y hierre con golpes terribles á su victima, hasta tanto que queda realmente sin vida. Ella espira en efecto, abrumada igualmente bajo el peso de la justicia de su Padre, y bajo el de la ternura de su Madre para con los hombres; y esta se inmoló por lo mismo con su Hijo. Su sacrificio, dice S. Amadeo, fué mucho mas doloroso que si ella se hubiera sacrificado á sí misma, porque la vida de su Hijo victima de su inmolacion y causa de su dolor, le era mas amada sin comparacion que la suya propia.

Pero si Abraham fué figura de la obediencia perfecta, de la generosidad sublime y de las crueles angustias que Maria sufrió en la oblation de su Hijo, fué

igualmente figura de la amplia recompensa que merecieron sus virtudes. Por haber condescendido Abraham en sacrificar á su hijo Isaac, se hizo el verdadero padre de un pueblo escogido; y por haber sacrificado María á Jesucristo, se hizo la verdadera madre del pueblo cristiano.

En efecto, apenas se terminó el sacrificio de Abraham, cuando oyó estas palabras sublimes, palabras que revelaban su mérito y su recompensa: Porque has consumado un acto tan sublime y tan grande, y por obedecerme, no has perdonado á tu hijo único, yo te juro por mí mismo, dice el Señor, que te colmaré de bendiciones, que multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo y como los granos de arena esparcidos en la orilla del mar.

María igualmente por haber puesto á su Hijo único en la cruz, con su voluntad asociada á la del Padre celestial, oyó de la misma boca de este divino Hijo las tiernas y misteriosas palabras que le anunciaron el mérito sublime y la amplia recompensa de su sacrificio. En la actitud mas bien de su Dios que de su Hijo, le manifiesta en la persona de San Juan la inmensa multitud de los fieles, la Iglesia, y le dice: Muger, desde ahora hé ahí tu hijo. Este hijo es único, porque toda la congregación de los fieles, la Iglesia, no formará mas que un solo cuerpo, cuya cabeza soy Yo. Pero al mismo tiempo este cuerpo encerrará una multitud de hijos, que serán tantos cuantos sean los verdaderos creyentes. Hé ahí pues, ó Muger, la posteridad numerosa que acabas de adquirir en este momento, que yo te prometo y te doy como un solo hijo.

Misterio grande y sublime! La promesa que Dios hace en estas circunstancias á Abraham, le habia ya sido hecha muchas veces en los mismos términos. Mira al cielo, se le habia dicho, y cuenta las estrellas, si puedes: pues bien, sabe que tu posteridad será igual-

mente numerosa. Yo te daré un hijo de Sara; yo le colmaré de bendiciones: naciones y reyes nacerán de él. Mas la ejecución y el cumplimiento de esta promesa se referia al sacrificio del hijo que le estaba prometido; y la bendición que debía multiplicar su descendencia, no debía bajar del cielo hasta tanto que Abraham hubiere dado esta prueba admirable de su fé maravillosa y de su obediencia perfecta.

La promesa que Jesucristo hizo desde la cruz á María de hacerla madre afortunada de la Iglesia, le habia sido hecha igualmente otra vez. Al saludarla el ángel, bendita entre todas las mugeres, aludía ciertamente á su fecundidad maravillosa y á la multitud inmensa de hijos que ella tendria, al concebir uno, supuesto que añade que la generacion de este Hijo seria eterna, así como su reino no tendria fin. Pero respecto á María, el cumplimiento de estas profecias está igualmente unido al sacrificio voluntario que se le anuncia, al cumplimiento de los actos perfectos y de los sentimientos sublimes que ella manifiesta en estas trágicas y dolorosas circunstancias.

Nada parecia á primera vista mas opuesto á la promesa de una numerosa posteridad, que el sacrificio de Isaac que debía ser el padre de ella. Y sin embargo el cumplimiento de esta profecía dependia del sacrificio de una vida tan preciosa. Si Abraham hubiera vacilado en inmolar á su hijo hasta que este hijo hubiese tenido otros, por esto mismo Isaac hubiera quedado estéril, y la posteridad, por causa de esa tardanza, hubiera acabado en Isaac; por el contrario, al sacrificarle cuando es todavía virgen, le hace fecundo. Por un hijo que se espone á perder, adquiere una multitud de ellos, por un individuo que no perdona, se hace el padre de un pueblo entero; y llega á ser el padre de una innumerable multitud por aquello mismo que podia hacerle temer verse privado de hijos.

Nada parecia mas opuesto al cumplimiento de las magnificas promesas que el ángel hizo á Maria de la numerosa posteridad de su Hijo, de el establecimiento de su reino y de la perpetuidad de su imperio, que la muerte ignominiosa de él en un infame patíbulo. Sin embargo el Profeta le habia dicho: El no verá multiplicarse su descendencia hasta la posteridad mas remota, sino despues de haber sufrido voluntariamente la muerte por el pecado. Maria por consiguiente no verá germinar este grano de trigo escogido y divino que su tierra virgen ha producido; ella no lo verá multiplicarse en una fecunda ó inmensa cosecha de hijos, de los que ella será tambien madre, sino bajo la condicion, declarada ya por Jesucristo, de que este grano preciso muera, sea quebrantado y colocado por ella en las entrañas de la tierra. Asi pues Maria, por un Hijo que no perdona, que ofrece y que inmola, adquiere, en la persona de S. Juan, tantos hijos cuantos son los hombres por quienes se sacrifica en los trasportes de su caridad.

Finalmente, para que no pueda dudarse que la bendicion de una posteridad todavia mas numerosa fué prometida á Maria, el mismo S. Pablo observa que Dios no dijo á Abraham: Yo bendeciré *tus descendencias*, como si esta bendicion hubiera debido ser comun á todos sus hijos, sino *tu posteridad, tu descendencia*, la sola posteridad de Isaac; y la posteridad á que Dios hacia alusion es Jesucristo.

La fecunda posteridad de que Abraham fué padre por medio de Isaac es pues la verdadera profecia de la posteridad numerosa de que Maria fué Madre. Si pues la fecundidad y posteridad de Isaac son la profecia de la fecundidad y de la posteridad mucho mas noble y mucho mas extensa de Jesucristo, es claro que la bendicion concedida á Abraham en la persona de Isaac es la figura de la bendicion mucho mas preciosa concedi-

da de Maria en la persona de Jesucristo. Y asi como Abraham no obtiene esta bendicion que le hace el padre de tantos pueblos sino por medio del sacrificio de Isaac, Maria tampoco adquiere esta bendicion que la hace madre de tantas gentes, sino por medio del sacrificio de Jesucristo. Luego su maternidad sobre la posteridad de Jesucristo su hijo es al menos tan real, tan justa y tan fecunda, como la paternidad de Abraham sobre los descendientes de Isaac, ó sobre los israelitas.

Abraham, al inmolar á Isaac su hijo único, fué tambien una figura de Dios Padre que quiso que Jesucristo su hijo único fuese inmolido por nosotros. Pero Maria se asoció á la caridad inmensa del Padre celestial, y de acuerdo con él quiso darnos á su hijo santísimo. Su maternidad pues tiene un origen mucho mas elevado y mucho mas noble, un titulo mas augusta y mas santo, supuesto que produce de la paternidad misma de Dios sobre nosotros. Los dos por un acuerdo admirable de generosidad, de misericordia y de amor, abandonaron y entregaron á la muerte su propio Hijo; ellos entregaron este Hijo nacido segun su doble naturaleza, de la sustancia respectiva del uno y del otro, para adquirir de este modo hijos adoptivos. Los dos ofrecieron un valor infinito para adquirir esta adopcion; los dos la adquirieron legitima y realmente. Nosotros hemos nacido verdaderamente del amor de los dos; y debemos mirar á Maria como nuestra madre, lo mismo que miramos á Dios como nuestro padre.

El apóstol S. Pablo creia tener un derecho sagrado á ser mirado como padre de los cristianos convertidos por él, cuando les decia: Yo os he engendrado en Jesucristo al predicaros el Evangelio. Pero, cuánto mas derecho tiene Maria á ser mirada como nuestra verdadera madre, supuesto que, aunque no nos anunció el Evangelio, nos dió, nos ofreció y sacrificó al autor del

Evangelio, á aquel de quien proceden todas las gracias del Evangelio?

No debemos pues contentarnos con decir como Tobías, que somos hijos de los santos; debemos decir tambien que somos hijos del Santo de los santos, y de aquella que fué enriquecida superabundantemente con la santidad, es decir, hijos de Dios y de María.

Y supuesto que en el órden de la gracia descendemos de Dios y de María, tan realmente como de nuestros padres terrenos en el órden de la naturaleza, y que por otra parte esta filiación es infinitamente mas noble, mas sagrada y mas importante, debemos tener el mayor cuidado en cumplir respecto á nuestros padres celestiales las obligaciones que la ley nos impone respecto á nuestros padres terrenos. Debemos pues creer que con respecto á Dios y con respecto á María se nos ha dicho igualmente: Honra y respeta á tu padre y á tu madre. Este precepto con respecto á nuestros padres naturales, no solo contiene la obligacion de estimar y venerar sus personas, sino que nos impone tambien el deber de respetar su nombre y su descendencia en nosotros mismos. Luego con mucha mas razon debemos respecto á nuestros Padres celestiales, no solo manifestarnos sumisos y obedientes, sino respetar tambien y haer respetar en nosotros la cualidad de hijos de Dios y de María, aborreciendo todo cuanto pudiera, á la faz del cielo y de la tierra, á los ojos de los ángeles y de los hombres, degradar este carácter augusto, y empañar un nombre tan bello.

Siendo nosotros una descendencia celestial y divina, como dice S. Pablo, debemos guardarnos de manchar nuestro origen espiritual y celestial con una conducta mundana y terrena. Penetrados del sentimiento de la dignidad de nuestro origen, debemos mirar con un santo desprecio y aborrecer con un santo orgullo las bajezas de la vanidad, los cuidados escesivos de los inte-

reses temporales, las satisfacciones sensuales que no estan en armonía con los miramientos que debemos á nuestra posicion santa y divina, con la inocencia, la pureza y la santidad que ella nos impone, satisfacciones que nos degradan y nos hacen descender no solo asta el hombre, sino aun mas abajo del bruto. Cuando un hombre se hace notar en el mundo, por la elevacion de sus sentimientos, la finura de sus modelos, la dignidad de su proceder y la generosidad de sus actos, se infiere con razon la elevacion de su origen y la nobleza de sus ascendientes. Por consiguiente vosotros debeis perfeccionar, dice Jesucristo en el Evangelio, vuestra conducta y vuestro corazon, vuestras acciones y vuestros sentimientos de tal manera, que todos puedan colegir vuestro origen celestial y divino.

Oh! si nos penetráramos bien de esta grande idea: *Yo soy hijo de Dios, y Dios es mi padre! Yo soy hijo de María, y María, la misma Madre de Dios, es tambien mi verdadera madre!* Qué pensamiento tan dulce, tan tierno y tan agradable por una parte, y tan capaz por la otra de ennoblecernos á nuestros propios ojos, y de alejarnos de todo aquello que es abyecto, vergonzoso y degradante!

En segundo lugar, nosotros debemos á nuestros Padres celestiales la ternura y el amor. El amor se paga con el amor. Ellos nos engendraron por amor, por un amor maravilloso é inefable, que les hizo sacrificar á su propio Hijo por nuestra salvacion. Nosotros debemos pues pagarles con nuestro amor. Ellos sacrificaron por nosotros todo cuanto tenían de mas amado y de mas precioso, su propio hijo; y nosotros debemos, cuando la ley divina lo exige, sacrificarles nuestras pasiones, nuestra voluntad, nuestros apetitos culpables, los objetos que mas nos interesan, aunque nos sean tan amados como nuestros propios hijos. Es verdad que no hay relacion alguna entre estas victimas; porque, qué

relacion puede haber entre el Hijo de Dios que fué sacrificado por nosotros y una innoble pasion que nosotros podamos sacrificarle? Sin embargo, Dios nuestro tierno Padre y Maria nuestra amorosa madre se darán por satisfechos. Ellos no exigirán mas de nuestra miseria y de nuestra faqueza; y con esto solo, hecho con intencion de satisfacerles, les abremos manifestado el reconocimiento y la gratitud que esperan de nosotros.

Finalmente, nosotros debemos nuestra confianza á estos augustos Padres. Aquel que nos ha hecho el don mas rico, no nos rehusará, dice S. Pablo, un don menor. Pues bien, si Dios, de acuerdo con Maria, ha sido con nosotros generosamente pródigo de su Hijo, cómo podremos sospechar ni un solo instante que puedan negarnos cosa alguna? Al darnos su Hijo, no se obligaron espresamente á darnos todo lo demas? Si, Dios y Maria, al darnos su Hijo, nos legaron y pusieron en cierto modo á nuestra disposicion en el órden de la gracia, las riquezas de su amor y de su bondad. Nosotros les encontraremos siempre prontos á enseñarnos, dispuestos á defendernos y á recibirnos con amor, siempre generosos en sus beneficios. Abandonémonos pues con confianza en su amor. A todas las culpas que podamos haber cometido contra ellos, no añadamos la de desconfiar de su misericordia, que seria la mas sensible para sus corazones. Y si nuestra miseria, si nuestra ingratitud, si el recuerdo de nuestras faltas nos impiden presentarnos con confianza ante Dios nuestro Padre, cuya indignacion hemos provocado, recurramos á Maria nuestra Madre. En su compania presentémonos en el tribunal de Dios, y hagamos valer ante él su maternidad. Pidamos con instancia que salve al hijo de su sierva, es decir, de la que, en el momento de ser Madre de su Señor, se llamó su sierva. Ella sabrá apoyar nuestras súplicas, hacer valer nues-

tras razones, hacer aceptables nuestras oraciones, y probarnos que nuestra Madre no es menos tierna ni menos generosa en el cielo, que lo fué, y á tanta costa, en el Calvario. (Véase la nota veintisiete.)

CAPITULO XII.

YA hemos visto como la pasion y la muerte de Jesucristo fueron comunes tambien á Maria. Ya hemos dicho como sintió ella verdaderamente todos sus dolores y todas sus penas. Antes de dejar un asunto tan digno de nuestra compasion y de nuestra ternura, es necesario detenernos todavia un poco á examinar la estension y la intensidad de las penas que Maria sufrió. Es necesario notar desde luego que Maria no es una madre como otra cualquiera, sino una madre que tiene á un Dios por hijo. Cualidad sublime sin duda, pero que fué para ella la causa de los mas acerbos dolores, así como fué tambien el origen de los mas grandes privilegios. Esto es necesario, á fin de comprender cada vez mejor cuán dura fué la condicion con que nos adquirió por hijos, y las mortales angustias que le ocasionamos. Ya hemos dicho que habiendo tomado el Hijo de Dios hecho hombre, en su misericordia, el empeño generoso de salvar al hombre, sacrificando por él su propia vida, prefirió la muerte de cruz á todo otro género de muerte; á fin de que recibiésemos la vida por el mismo medio que nos habia hecho morir á la gracia, para que el principe de las tinieblas fuese vencido con las mismas armas con que habia triunfado y para que, habiendo comenzado nuestra ruina por un árbol, nuestra salvacion procediese tambien de un árbol. Tal es al menos la comun opinión de los santos Padres, de los